

LEANDRO VALLE

Cadete distinguido del Colegio Militar y meritisimo y competente General.

**Por el señor Académico
Gral. Juan Manuel TORREA.**

ORNA su entrada el Paseo de la Reforma, muy justificadamente, con la estatua del meritisimo General que significó su competencia militar excepcional en el comando y su denuedo en las batallas de Silao y Calpulalpan, que ilustran nuestra historia militar, en la edad de oro de la Reforma.

Nació en la ciudad de México el 27 de febrero de 1833; en la misma capital hizo sus estudios primarios y a la temprana edad de once años ingresó como alumno al Colegio Militar. En la clase de cadete, sargento 2º y subteniente-alumno permaneció en aquel plantel por cuatro años, cinco meses y dos días. El 17 de enero de 1847 le fué conferido el grado de subteniente-alumno y ya con esa honrosa distinción tomó parte en las filas contra la sublevación de los polkos. Más tarde forma parte de las tropas a las órdenes del general Alvarez para la defensa de la Patria, en su categoría de subteniente-alumno, y como otros oficiales renegó de la pasividad antipatriótica de la caballería ante el triunfo que obtuvieron los valerosos soldados en el Molino del Rey el 8 de septiembre de 1847.

En 1850 al examinarse de Física y Mecánica, obtuvo como siempre el primer premio, habiendo ordenado el Gobierno que como recompensa fuese comisionado para hacer estudios especiales en Francia, lo que no se realizó por la falta de fondos para sostenerlo decorosamente.

Conservó este empleo hasta el 29 de mayo de 1853 en que pasó como Teniente al Batallón de Zapadores, ascendiendo el 1º de junio del mismo año a Capitán 2º y el 30 de agosto de 1854 a Capitán 1º de las compañías de Zapadores. A la vez, sin

dejar el mando de su compañía, desempeñó la mayoría de las compañías de la Guardia de los Supremos Poderes. En 1º de diciembre de 1855 fué nombrado Agregado Militar a la Legación de México en Estados Unidos; desempeñó su cargo airoso y competentemente, habiéndose ordenado con fecha 11 de abril de 1856 que se incorporara a su Compañía de Zapadores. Por rigurosa escala ascendió hasta General de Brigada, cuyo despacho le mandó extender el Presidente Juárez con fecha 3 de mayo de 1861.

El General Leandro Valle en 1855 marchó al sur de México a batir sublevados; en abril del mismo año marchó a Morelia con el mismo objeto y en todas ocasiones dió muestras de su pundonor y de su lealtad al gobierno al que servía. Como Ingeniero Militar que había obtenido las más altas calificaciones en todas las materias que cursó en el colegio, formó parte de la comisión que levantó planos militares en el Departamento de San Luis Potosí y croquis de algunas poblaciones del Departamento de Michoacán.

El General Leandro Valle al iniciarse la revolución de Ayutla se afilió decididamente al Partido Liberal y se distinguió notablemente en todas las acciones de armas: en el ataque a Puebla, dado por el Gral. Comonfort en 1856; con mención especialísima en las batallas de Salamanca y de Santa Ana Acatlán; en la acción de Cuevitas; en el sitio y toma de Guadalajara y en la campaña del Valle de México. Asistió al segundo ataque sobre Guadalajara; a la Batalla de Silao y a la de Calpulalpan en la que fungió de Cuartel Maestre. Al terminar la guerra de Reforma el General Valle era uno de los más prestigiados por su competencia y sus aptitudes excepcionales para el mando.

Se anota como digna de figurar en una hoja de servicios sobresaliente, la actitud de serenidad, de energía y de su aptitud militar, cuando el general Uraga emprendió el ataque a Guadalajara y al ser herido este general su ausencia en el mando causó el mayor desaliento y el más completo desorden en las fuerzas liberales; debido al denuedo del General Valle se logró dominar el pánico de las tropas y a su pericia militar que no hubiese ocurrido una verdadera catástrofe en la retirada.

"...Al desastre del general Degollado, decía "EL SIGLO XIX", abandonado por sus tropas, ha seguido el del General Valle. Los plagios, los rescates, los saqueos, los incendios, los asesinatos, siguen siendo la huella de los conservadores, por dondequiera que pasan... Esta situación es triste y deplorable e infunde desconfianza y desaliento por todas partes". El General Valle fué nombrado por el gobierno para batir a las partidas de conservadores que merodeaban por los alrededores de la capital

y emprendía la marcha pocos días después del desastre del general Degollado. Ya en la zona de operaciones, dispuso que los cuerpos de su Brigada, marcharan en tres columnas con la artillería en el centro, llevando una pequeña descubierta de caballería. Avanzaron sobre el monte y al llegar al de las Cruces fueron atacados por una fuerza de cuádruple efectivo causando el desorden del segundo Batallón de Zacatecas, por lo que se vió obligado a ordenar la retirada el Comandante de ese cuerpo. El General Valle desaprobó la orden y obligó a todos a que entraran de nuevo al combate. Militar de alto pundonor prefirió la muerte antes que retroceder hacia la capital. El enemigo lo derrotó completamente, salvándose sólo algunos oficiales y cayendo prisionero el propio General Valle.

El general conservador Manuel Ramírez de Arellano en un folleto que publicó referente al general Leonardo Márquez, asevera: "...al ser hecho prisionero el caudillo liberal —el Gral. Valle—, preguntó con una sangre fría que llenó de asombro a sus aprehensores, quién lo iba a mandar fusilar, y al saber que el ordenador de la ejecución lo era el sanguinario Márquez, contestó: "Hace bien, la misma suerte le hubiera cabido si hubiera caído en mi poder".

"Como si hubiera querido la muerte establecer una categoría excepcional, decía una publicación de la época, comprendió en un breve espacio de tiempo a Lerdo, a Gutiérrez Zamora, a Ocampo y a Degollado. Quiso el destino consagrar con la majestad del genio, al valor, a la filosofía y a la virtud, en esas cuatro figuras históricas que harían el honor de cualquier pueblo de la tierra..." A estas pérdidas lamentables de hombres extraordinarios que sufrió la República, se agregó la del ilustre General Valle, mandado asesinar por el tigre de Tacubaya.

LA ORDEN DE EJECUCION: "Ejército Nacional.—General en Jefe.—Leonardo Márquez, General Jefe de este ejército, ordeno que el Capitán de Ingenieros que pertenece a mi Estado Mayor, Manuel Beltrán y Puga se encargará de pasar por las armas al traidor a la patria, don Leandro Valle, el cual será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga, y después de haberlo fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores, para lo cual pedirá al Escuadrón de Exploradores del Valle doce hombres al Comandante de ese Escuadrón don Francisco Aldama.—Por lo tanto, mando que se le comunique esta orden a dicho Capitán.—Dios y Orden.—Cuartel General de Salazar, junio 23 de 1861.—Leonardo Márquez.—Al Capitán de Estado Mayor Manuel Beltrán y Puga."

Antes de morir dirigió el General Valle a sus padres la siguiente carta: "En el Monte de las Cruces, junio 23 de 1861.—Padre y Madre queridos: Hermanos todos: Voy a morir, porque esta es la suerte de la guerra y no se hace conmigo más que lo que yo hubiera hecho en igual caso; por manera que nada de odios, pues es sino en justa revancha.—He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan ustedes con el suyo y que nuestro nombre sea honrado como el que yo he sabido conservar hasta ahora.—A... Esta carta: a mí un eterno recuerdo.—También de ti me acuerdo, Agustina, tú has sido mi madre también.—A mis hermanos y amigos adiós."

Instáronle para fusilarlo como traidor.

Rechazó la nota infame; protestó su consecuencia de sentimientos.

Degeneraba en porfía... Se reclinó en el árbol, y sonriendo y con voz entera dijo: ¡Fuego!! —se oyó una horrorosa detonación, le envolvió el humo como un sudario, y como un velo con que el mismo asesino le ocultaba... cuando desapareció el humo, se movía convulso, en pie, abrazado a su patíbulo".

Así murió Leandro Valle.

Por conducto del oficial, repartió a los soldados todo el dinero que llevaba consigo.

"El Señor le circuía —dijo un escritor—, las balas parecían respetarlo, los jóvenes se lo apropiaban, los viejos se complacían con una juventud hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu; una buena acción le conmovía hasta las lágrimas; el amor a sus padres y a sus hermanos era la vida de su corazón. Esa hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles. Cuando el rayo de un amor virginal venía a desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y de esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo.

Después de su desastre, contaban testigos presenciales, que en el mismo cuadro en que se le iba a fusilar, al lado del árbol tronchado de que fué suspendido, después de haber escrito las dos cartas insertas, tesoros de ternura, de misericordia y de grandeza de alma, se volvió a sus enemigos y les dijo haciendo alto:

—Díganme ustedes, ¿cómo ha sido esta derrota?

Le explicaron que creyendo combatir a sólo Gálvez, Márquez lo había sorprendido.

—Bien —dijo sonriendo—, no hay remedio.

El General Valle, generoso como todos los valientes, había salvado la vida de muchos de sus contrarios; había prestado servicios inolvidables a las familias de sus más encarnizados ene-

migos; había sido noble siempre con los vencidos. Y al caer prisionero, cebóse en él la ira y el rencor, y con crueldad sin ejemplo, ¡fué sacrificado...!

En el Congreso, en la sesión celebrada el día 26 de junio de 1861, bajo la Presidencia del señor Bustamante (D. Gabino), se dió lectura a una proposición que fué aprovechada con licencia de todo trámite, para que el Gobierno dispusiera los honores fúnebres con que debía verificarse el entierro del Gral. Leandro Valle, y para que el Congreso nombrara un orador y una comisión compuesta del Presidente de la Cámara y de un diputado por cada Estado, con objeto de que recibieran y despidieran el duelo.

Elocuentes y exactas son las frases del General Riva Palacio al recordar los méritos del ínclito General de la Reforma:

"Sobre la tumba de los mártires de la libertad, los hijos de la democracia depositan las coronas del triunfo y los laureles de los vencedores.

"El recuerdo de los que mueren por la causa del pueblo y de la Reforma, pide el canto de la victoria y las oraciones de los héroes. Venimos a dar el último ¡adiós! a un hombre que en la flor de su edad, a la vista de un porvenir glorioso, y lleno de virtudes cívicas, ha desaparecido de entre nosotros, y va a cerrarse para siempre en esa fosa que le abrió el odio sangriento y el terrible despecho de los asesinos de Tacubaya...

"Hijo del pueblo, vivía en la oscuridad de su honradez, y nada anunciaba en él la gloria que debía perpetuar su nombre, ni el genio que lo había de elevar al nivel de los hombres ilustres de la historia. Pero llegó otro tiempo. El soplo de la revolución agitó nuestros campos y nuestras ciudades. La nación se levantó como un solo hombre para conquistar la libertad y la reforma, y después de una sangrienta lucha, último esfuerzo del agonizante partido conservador, el pendón de la democracia flameó triunfante sobre los palacios de Cortés y Moctezuma. En medio de esta tempestad, en medio de ese torbellino revolucionario, apareció Valle marchando al combate, siempre alegre, siempre lleno de fe por el triunfo de los principios democráticos. Más de una vez la victoria coronó sus esfuerzos y formó con sus alas una égida sobre el pecho de Leandro. Su nombre sonó por todos los ángulos de la República, y en la triunfal entrada del ejército de la libertad en la capital misma, los hombres, y las mujeres, y los niños, buscaban con avidez y señalaban con entusiasmo al joven y modesto general que recibía con la sonrisa en los labios, y radiante de felicidad, los frenéticos aplausos de la multitud, la lluvia de flores y de coronas que caían sobre su cabeza y le servían de alfombra."

¿Quién hubiera entonces previsto que antes de seis meses esa misma multitud que lo vitoreaba, vendría silenciosa y meditada a acompañarlo en fúnebre cortejo, a la mansión del eterno descanso?

El pueblo lo nombra su representante. Su voz enérgica vibró en el santuario de las leyes como el postrer "adiós" a sus ciudadanos, y empuñando otra vez las armas, se presentó, esclavo de su deber, a recibir el último suplicio entre las sombrías arboledas del Monte de las Cruces.

Tal es la suerte de todos los hombres que han combatido por la humanidad, por el progreso y por la civilización. La suerte de los reformadores ha sido siempre la misma. El cadalso tras la victoria; el sacrificio después del triunfo. En esa inmensa pléyade de los apóstoles de la democracia, la historia va a contar desde hoy en adelante al joven mártir del Monte de las Cruces, y su sangre vertida sobre ese suelo húmedo aún con la sangre de Degollado, es el holocausto más santo, más aceptable a los ojos de esa divinidad que preside la marcha de las naciones, y que ha marcado el camino de la humanidad. El cadalso de Leandro se ha levantado sobre esos montes santificados por la sangre de los héroes de la independencia, y Valle ha muerto también como aquellos, bajo el golpe rudo de los miserables sectarios del fanatismo y de la inquisición.

Se ha querido agregar la infamia al asesinato; se ha querido por esos miserables que enarbolan hipócritas la bandera de la religión, cubrir la memoria del héroe con el manto del criminal. Pero se han engañado. La nación entera, el mundo todo, al saber este horrible acontecimiento, lanzan un grito de indignación; y los esfuerzos de Márquez por manchar la memoria del mártir, serán tan impotentes como los del hombre que intentara apagar el resplandor del sol, lanzando al cielo un puñado de arena.

Con cuánta razón dijo el General Riva Palacio en la oración fúnebre de Valle estas palabras:

"Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro, pendiente de un árbol, como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto a la burla de una soldadesca desenfadada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fué suspendido, entonces la sangre se agolpa a mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición...!

Si Leandro Valle hubiese vivido, habría llenado con su

gloria las páginas de nuestra historia contemporánea, habría llegado a los puestos más eminentes y contribuido como el mejor al engrandecimiento de México; tenía para lograrlo las dotes necesarias; bien lo demuestra la aureola que circunda su nombre, a pesar de haber sido tan rápida su carrera, tan breve su existencia. Soldado valiente y leal, hombre honrado y generoso, Valle, a los veinticinco años de edad, era uno de los primeros generales mexicanos.

La vida de los militares ejemplo, debe escribirse en todas sus circunstancias para que cada una de ellas sirva de lección a los vivientes. El Gral. Valle es una lección en su lealtad, en su valor consciente y sin fastuosidades, en su mérito como milite estudioso y al marcar su triunfo sobre los vicios y errores de sus contemporáneos.

Una de las conquistas que más ensalzaban los que fueron sus subalternos, la simbolizaban en esta frase: "representaba toda una vida consagrada al estudio, a la virtud, a su carrera y a la verdad".

Los generales que han representado un legítimo valor de la gloriosa carrera, deben por imitación modelarse en el alma grande y profundamente vocacional por la gloriosa carrera. El sabía conscientemente que para ser lumbrera en la milicia, que para ver realizadas las nobles miras del general por vocación, que para que se transmitieran y fructificaran sus aspiraciones, había que llegar al corazón del soldado. Que el general mismo dé el ejemplo sufriendo las mismas privaciones, procurando hasta lograrlo siempre, que el soldado se alimente y descanse como él, que viva en el campamento entre sus soldados y que no abuse de las comodidades ante los ojos de los subalternos. Esa debe ser la conducta personal y el ejemplo de los que ocupan elevadas esferas. El ejemplo vivo que los generales del Ejército ofrecían a sus tropas, aquellas enormes figuras, como Degollado, Zaragoza y Leandro Valle, constituyeron indudablemente el principal y el mejor elemento para la educación del soldado en su época.

Valle no admitía el desquiciamiento disciplinario que por desgracia ha asomado en muchas campañas. Los hombres teóricos, los jefes faltos de acción, que no supieron oponer su ejemplo a la depravación común, los que se obstinaban en cortar envejecidos vicios, sin corregirse ellos mismos, esos no son ejemplo. Así, en algunos de los combates de su época, frente a los norteamericanos y en la Reforma, el General Valle aprendió a observar objetivamente los delirios de la cobardía y las violentas palpitaciones del pánico. En esa guerra de Reforma, la acción, como en nuestras tres revoluciones, habría de transformar a la

sociedad: la experiencia anteponiéndose a las letras; la práctica antes que las especulaciones; el carácter antes que las doctrinas. En México, testigo de tantas vicisitudes y teatro de tan encontradas opiniones, no faltan acontecimientos ejemplares a este respecto, a que nos podríamos referir, ni maestros a quienes imitar.

El General Valle, oficial subalterno en 1847, asistió a la funesta falta de acción de los generales que pudieron sostener a los mexicanos triunfadores, y ya en la Guerra de Reforma no bastó su gran presencia militar de ánimo para detener la cobardía en la Batalla de Salamanca que capitanearon jefes de unidades, ni la desbandada en el combate de Ahualulco que dió el triunfo anticipado a las tropas conservadoras mandadas por el general Miramón.

El héroe, semi-olvidado, tiene un templo en el recinto de la Patria, sin que los que la representan, las sucesivas generaciones, hasta ahora, le hayan otorgado la rememoración que a sus méritos corresponde.

Son nombres excelsos, por méritos recordados de nuestros generales, los que lo merecen, los de magnífico ejemplo y de positiva alteza, que han dejado como holocausto el magnífico sacrificio, que es exclusivo patrimonio de los verdaderos soldados; a esos sólo corresponde que se les evoque para alimentar el fuego sacro del estoicismo y de la gloria. El General Leandro Valle figura en primera línea entre esos generales, para ejemplo en todos los tiempos.

Jamás sintió una reverencia oficial de su tiempo, ni la idea compasiva de su partido triunfante, de levantarle un monumento, aunque hubiera sido modesto en el mismo patio del panteón de San Fernando, para haberlo sacado de aquel nicho oscuro y lúgubre que sólo visitan los murciélagos, y los que sentimos veneración profunda por los hombres grandes de nuestro México.

Es ironía vergonzante que lápida modestísima cubra el nicho donde se colocaron los restos del sacrificado en "Las Cruces".

Al General Valle se le tributaron, como acto de estricta justicia del Gobierno, espléndidos honores fúnebres, es verdad, pero ya sabemos que los honores que se tributan a los grandes hombres son sólo el testimonio del orgullo y para exhibición de los vivos. Lo que importa, es el monumento alusivo al mérito del hombre y del general que ejemplariza, para enseñanza y para estudio de las posteriores juventudes militares.

El monumento más severo y significativo debiera levantarse, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, para cubrir los restos del más grande y más competente de los Generales de la Reforma.